

# Globalización y Macrosociología Histórica<sup>a</sup>

G I O V A N N I A R R I G H I \*

**RESUMEN:** Este artículo discute el impacto de lo que se ha dado en llamar la “globalización” en dos ramas de la Macrosociología Histórica—la Sociología Histórica y Comparativa y la Economía Política de los Sistemas-Mundo—, además, busca precisar los límites de la “globalización” como fenómeno en la historia social. Inicialmente plantea que la globalización representa la constitución de un sistema económico mundial en detrimento de los Estados nacionales, lo que refuerza la perspectiva de la Economía Política de los Sistemas-Mundo (EPSM) y debilita la Sociología Histórica y Comparativa (SHC). Enseguida, señala que, de la misma forma como en otras ocasiones en el pasado, las características de la globalización justifican su novedad: a partir de una perspectiva de larga duración se considera que estamos en un periodo de expansión de las relaciones económicas a nivel mundial. La argumentación cierra formulando que muchas de las limitaciones tanto de la SHC como de la EPSM se deben a la centralidad que confieren al *constructo* característicamente occidental del Estado-nación, sin embargo, inversamente a lo que plantea esa perspectiva, la actual ola de globalización debe mucha de su importancia a la actividad de países no occidentales, en especial los del Este Asiático.

**PALABRAS CLAVE:** globalización, macrosociología histórica, sistema-mundo, teorías sociales.

**ABSTRACT:** This article discusses the impact of what has been termed “globalization” on two branches of learning of the Historical Macrosociology—Historical and Comparative Sociology and Political Economy of World-Systems—, moreover, bring to light limits of “globalization” as phenomenon in social history. Initially argues that globalization represents the constitution of a worldwide economic system in detriment of national states, which strengthen the viewpoint of Political Economy of World-Systems (PEWS) and debilitate the Historical and Comparative Sociology (HCS). Straight away, points out that, in the same way as on other occasions in the past, the characteristics of globalization justify its novelty: from long-term perspective is considered as a period of expansion of world economic relations. The argumentation close formulating that many of the limitations of both the HCS and the PEWS are due to centrality that they give to the construct, characteristically occidental, of nation-state, however, inversely to what propose this perspective, the current wave of globalization must much of its relevance to the activity of non-western countries, especially those from East Asia.

**KEYWORDS:** globalization, historical macrosociology, world-system, social theories.

## I. La globalización y sus contenidos

La historia continuamente desordena el marco conceptual y las especulaciones teóricas con las cuales nos empeñamos en comprender el pasado y pronosticar el futuro del mundo en que vivimos. En nuestra tentativa de lidiar con el “caos de juicios existenciales” (en la frase de Max Weber), engendrado por eventos y procesos que desafían nuestra comprensión del mundo, tendemos, en general, a negar o a exagerar la novedad de lo que está ocurriendo. El rechazo lleva a cambios en el significado habitual de las palabras; las exageraciones conducen a la acuñación de nuevas palabras con significados inciertos. De cualquier modo, parafraseando a John Ruggie (1994, p. 553), “los tiempos de cambio también son tiempos de confusión”.

<sup>a</sup> Traducido del portugués al español por José Guadalupe Gandarilla Salgado de *Revista de Sociología e Política*, no.20, Curitiba, Jun., 2003, págs. 13 – 23. Revisión: Luis Arizmendi.

\*Uno de los principales teóricos adscritos a la escuela de Análisis de Sistemas-Mundo. Profesor de la John Hopkins University. Fue colaborador cercano del Fernand Braudel Center de la Universidad de Binghamton en Nueva York; catedrático en la Escuela de Formación en Sociología de Milán en Italia y la Universidad de Salisbury en Rodesia. Entre sus obras más recientes traducidas al castellano se cuentan *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época* (Madrid, Akal, 1999) y *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI* (Akal, Madrid, 2007).

Hace cerca de veinte o treinta años, la principal fuente de confusión en el estudio de la política económica global era el uso persistente del término “imperialismo” para designar tendencias que eran sustancialmente diferentes de aquellas identificadas por las teorías clásicas del imperialismo, tanto en su versión liberal como marxista. En una crítica de ese uso anacrónico del término, enfatice cómo el establecimiento de la hegemonía de los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial erradicó el verdadero *explicandum* de las teorías clásicas del imperialismo, el cual planteaba la tendencia de la competencia intercapitalista a transformarse en un Estado abierto y generalizado de guerra. La creciente tendencia de los procesos de acumulación de capital organizándose en corporaciones multinacionales minó el carácter aislado y mutuamente excluyente de los Estados nación que las teorías clásicas del imperialismo formulaban como premisa. Lejos de conducir a los Estados capitalistas avanzados a un proceso de guerra abierta y generalizada se puede esperar que esa tendencia los conduzca rumbo a lo que el fundador de las teorías liberales del imperialismo, John Hobson, llamó una “federación experimental y progresiva” (Arrighi, 1978, p. 148 y ss).

Después de que formulé ese planteamiento, el término “imperialismo”, para todo propósito práctico, desapareció del discurso científico-social, y el problema es mayor al de una teoría que perdió su *explicandum*. Más bien, es el problema de un *explicandum* mal definido (“globalización”), en busca de teorías capaces de dar sentido a todo aquello que nos viene a la mente con el uso de este término. Dado un significado incierto, esa búsqueda debe comenzar con un inventario de los procesos que se presentan bajo el nombre de “globalización” y que efectivamente merecen nuestra atención.

Dentro de esos procesos, el más ampliamente reconocido es aquel al que me refiero en mi crítica epistemológica de las teorías de imperialismo: el creciente número y variedad de corporaciones cuyas actividades en busca de lucro no son contenidas por las fronteras de los Estados nacionales. La idea de que la emergencia de un sistema de corporaciones multinacionales debilita el poder de los Estados —no sólo de los Estados menores y más débiles que nunca tuvieron mucho poder, sino también de los Estados grandes y fuertes—, ha circulado con frecuencia desde que Charles Kindleberger (1969, cap. 6) declaró que esa emergencia transformó al Estado-nación en una “unidad simplemente económica”. Cerca de veinte años después, esta idea, así como otras, fue reciclada bajo el nuevo nombre de globalización.

Lo que aconteció en esos veinte años es que el crecimiento del sistema de corporaciones multinacionales detonó otros dos procesos, que adquirieron relevancia

por sí mismos y que dieron credibilidad a la idea de que existe solamente un “mercado económico global”, único e indivisible. El primero de esos procesos fue conocido como “globalización financiera” y el otro correspondió a la reivindicación de las doctrinas neoutilitaristas del Estado mínimo. En el transcurso de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial, los mercados financieros se tornaron nacionalmente segmentados y regulados por el poder público nacional. La expresión “globalización financiera” pasó a ser utilizada para denotar el proceso de reintegración de esos mercados en un mercado global único y ampliamente desregulado. Como resultado de esa reintegración y desregulación, el segmento financiero *privado* global —las “altas finanzas” como era conocido en el siglo XIX— “como un ave fénix renació de sus cenizas [...] voló y se elevó a nuevas alturas del poder e influencia en los asuntos de las naciones” (Cohen, 1996, p. 268).

Esa resurrección de las altas finanzas globales fue acompañada por la resurrección paralela de las doctrinas largamente desacreditadas del mercado autorregulado —que Karl Polanyi (1957, cap. 12-13), de modo muy sagaz, llamó el “credo liberal”—. Con la expansión de ese credo, los esfuerzos vigorosos de los gobiernos para regular la producción y la distribución de la moneda global fueron aplacados adicionando un nuevo momento a la desregulación y la reintegración global de los mercados financieros. El sistema financiero que emergió como resultado de esa doble resurrección no fue, de hecho, más “global” de lo que el precedente sistema de Bretton Woods. El término globalización fue entonces introducido primeramente para denotar “un cambio de un sistema global (jerárquicamente organizado y ampliamente controlado políticamente por los Estados Unidos), a otro sistema más descentralizado y coordinado por el mercado, tornando las condiciones financieras del capitalismo muchísimo más volátiles e inestables (Harvey, 1995, p. 8).

David Harvey confiesa que en sus momentos de mayor escepticismo llegó a preguntarse si “la prensa financiera [...] nos indujo [...] a acreditar a la “globalización” como algo nuevo, cuando ella era nada más que un truco promocional para hacer un ajuste necesario en el sistema financiero internacional de la mejor manera” (*ibidem*). Truco o no, la idea de la globalización fue, desde el inicio, articulada con la idea de la intensa competencia interestatal por los capitales crecientemente volátiles, y la consecuente rígida subordinación de la mayor parte de los Estados (inclusive de los Estados Unidos) a los dictámenes de las agencias capitalistas privadas. Globalización puede ser un término engañoso utilizado para denotar el cambio de un sistema financiero global controlado por una jerarquía de agencias gubernamentales lideradas por los Estados Unidos a un sistema financiero igualmente global, en el cual los

gobiernos tienen poco control sobre sus finanzas y compiten duramente entre sí para obtener favores y asistencia del capital controlado privadamente. Pero, independientemente de que queramos o no conservar el término, difícilmente podremos darle sentido a lo que aconteció en el mundo en los últimos veinte o treinta años sin prestarle mucha atención a ese cambio en curso.

Toda esta atención está justificada teniendo en cuenta el hecho de que el cambio ha estado asociado a dos o tres eventos que han marcado nuestra época: la repentina caída de la Unión Soviética como una de las dos superpotencias militares y globales, y –sin embargo más gradual, pero asimismo igual de extraordinariamente rápida– la ascensión del Este Asiático como una potencia industrial y financiera de importancia mundial. Tomados conjuntamente, los dos eventos proveen evidencia adicional en apoyo a la percepción de que las fuentes de la riqueza, estatus y poder en el mundo contemporáneo están pasando por algunos cambios fundamentales.

De un lado, el colapso repentino de la Unión Soviética demostró, más allá de cualquier duda, lo que ya estaba implícito en el movimiento ampliamente más gradual y limitado de debilitamiento de los Estados Unidos en la esfera financiera, o sea, lo vulnerable que se tornaron incluso los mayores complejos industrial-militares en la historia mundial frente a las fuerzas de la integración económica global. De otro lado, a despecho de los recientes reveses, la extraordinaria expansión económica del Asia Oriental ha demostrado que las fuerzas de la integración global no necesariamente debilitan a los Estados y que los Estados que han experimentado mayor fortalecimiento no se ajustan a la imagen predominante de los Estados-nación. Algunos son ciudades-Estado –uno es soberano, Singapur, y el otro es semisoberano, Hong Kong–. Otros, como Bruce Cumming los caracterizó, son protectorados militares semisoberanos de los Estados Unidos –Japón, Corea del Sur y Taiwán–. Y ninguno de ellos tiene mayor relevancia militar, más allá de ser distantes de los tradicionales centros del mundo occidental. Nuevamente, “globalización” puede ser una designación incorrecta para lo que está ocurriendo. Pero el expresivo cambio que el uso del término pretende manifestar presenta serios desafíos para los modos establecidos de pensar el mundo.

## II. La macrosociología histórica en contra de la globalización

En el mismo periodo en que la globalización transformó el mundo, la macrosociología norteamericana fue transformada por la emergencia de dos nuevas escuelas de pensamiento de la Asociación Americana de Sociología, una organizada primeramente en la línea de la *Sociología*

*Histórica y Comparativa* (de aquí en adelante SHC) y la otra en la línea de la *Economía Política de los Sistemas-Mundo* (de aquí en adelante EPSM). Las dos escuelas buscan movilizar el conocimiento histórico para la solución de problemas macro-sociológicos, pero divergen radicalmente en el modo como definen sus campos de estudio.

Bajo el lema “trayendo al Estado de vuelta”, los intelectuales de la SHC tomaron a los Estados como sus unidades privilegiadas de análisis y procuraron analizarlos en busca de generalizaciones de sus propiedades y principios de variación a partir de casos en diferentes espacios y periodos. En contraste, los intelectuales de la EPSM tomaron típicamente los *sistemas* de Estados agrupados en una única división del trabajo como su unidad privilegiada de análisis, y procuraron analizarlos en busca de generalizaciones sobre interdependencias entre los componentes de un sistema y de principios de variación entre condiciones sistémicas en diferentes espacios y tiempos. Muy pocos individuos cruzaron las fronteras metodológicas. En general, los principales conceptos de las dos macrosociologías históricas se desarrollaron casi en completo aislamiento, sin mucha conciencia del hecho de que diferentes problemas requieren diferentes unidades de análisis.

A primera vista, puede parecer que la globalización ha desafiado más fundamentalmente a la Sociología Histórica y Comparativa que a la Economía Política de los Sistemas-Mundo. ¿No estaría la globalización disolviendo la coherencia y la independencia de los Estados, premisas básicas de la macrosociología de la SHC? ¿No estaría ella llamando la atención de todos a la interconexión transnacional de los procesos de formación del Estado y de acumulación de capital, sobre los cuales la macrosociología de la EPSM se fundamenta?

Comprensiblemente, los intelectuales de la EPSM no se limitan a hacer afirmaciones como: “hoy en día, las expresiones ‘economía mundial’, ‘mercado mundial’ e incluso ‘sistemas-mundo’, son lugares comunes, apareciendo igualmente en las conversaciones de políticos, comentaristas de los medios de comunicación y trabajadores desempleados. Pero pocos saben que las fuentes más importantes de esas frases se ligan al trabajo iniciado por sociólogos al comienzo de los años 1970 [...]. Estos sociólogos [del Sistema-Mundo] no sólo llegaron a comprender la naturaleza global de las redes económicas veinte años antes que tales redes se adentrasen en el discurso popular, sino también notaron que muchas de esas redes han estado presentes a lo largo de los últimos quinientos años de la historia. En ese tiempo, los pueblos del mundo quedaron interconectados en una unidad integrada: el ‘sistema-mundo’ moderno” (Chase-Dunn y Grimes, 1995, p. 387-388; véase también Friedman, 1996, p. 319).

Es comprensible que los intelectuales de la SHC son más reacios a reconocer los problemas que plantea la globalización para su unidad privilegiada de análisis. Al revisar el campo de análisis comparativo de las revoluciones sociales, quince años después de publicado su influyente estudio sobre el asunto, Theda Skocpol (1994) no menciona la globalización como un movimiento que está creando (o no) problemas para el método de análisis *centrado en el Estado*. Método del cual ella misma ha sido una de sus más vigorosas defensoras. Peter Evans, otro prominente intelectual de esa corriente teórica, confrontó el fortalecimiento de las teorías neoutilitaristas del Estado mínimo, pero solo para reiterar la centralidad del Estado en el desarrollo económico y el análisis macrosociológico (Evans, 1995; Kohli, 1995).

Ambas tesis —la de que la globalización ha demostrado la validez de la macrosociología de la EPSM, y la de que ella no ha minado la validez de la macrosociología de la SHC— son, en muchos sentidos, justificadas. No obstante, cada una de esas tesis también fue cuestionada dentro de la propia escuela que la formuló. Lejos de saludar la popularidad de la terminología de los sistemas-mundo, Immanuel Wallerstein advirtió a sus colegas de la macrosociología de la Economía Política de los Sistemas-Mundo que esa apropiación semántica, cuando se hace “para otros propósitos efectivamente opuestos [a aquellos del análisis de los sistemas-mundo] [...] puede provocar serias confusiones en el público académico general, y todavía peor, puede llevarnos a la confusión, socavando nuestra capacidad para perseguir las tareas que nos hemos propuesto” (Wallerstein 1998, p. 108). Charles Tilly, por su parte, advirtió a sus colegas de la macrosociología de la Sociología Histórica y Comparativa que la globalización establece una seria amenaza a su método privilegiado de análisis porque “el sistema de Estados distintos, delimitados y soberanos, que hasta hace tiempo había servido como su fundamento implícito, está desintegrándose rápidamente (Tilly, 1995<sup>a</sup>, pp. 3–4).

Más importante aún, como un reciente debate entre Tilly y Wallerstein lo demuestra, cada variante de la macrosociología histórica tiene sus propios puntos ciegos y también aspectos que lanzan luz en el reconocimiento de la globalización como un problema macro-sociológico digno de atención. En el artículo en que incitó al debate, Tilly define la globalización como “un aumento en la cobertura geográfica de las interacciones sociales localmente relevantes, especialmente cuando ese aumento se extiende a una proporción significativa de todas las interacciones entre las fronteras internacionales e intercontinentales”. Sugiere que, a lo largo del último milenio, por lo menos tres olas de globalización política y económica ocurrieron de esa manera. En primer lugar, en el siglo XIII, cuando

la formación del Imperio Mongol creó las condiciones para la emergencia del sistema de comercio mundial afro-euroasiático, analizado en detalle por Janet Abu-Lughod (1989). En segundo lugar, en el siglo XVI, “cuando la expansión comercial y militar europea ligó el océano índico al Caribe por medio de una densa red de intercambios y de dominación”. Y, en tercer lugar, en el siglo XIX, “cuando un impulso imperialista colocó cuatro quintas partes de los territorios mundiales bajo el dominio de los pueblos europeos” (Tilly, 1995b, p. 12).

Tilly prosigue en su argumentación y relaciona nuevos elementos que parecen indicar fuertes evidencias circunstanciales de que podemos estar en medio de una nueva ola de globalización. En su subsiguiente discusión al respecto de los efectos de esta nueva ola sobre los derechos de los trabajadores, compara el impacto sobre las capacidades que los Estados detentan en la presente ola con las que los Estados detentaban en la anterior. Durante la ola del siglo XIX, esto es, a partir de 1850, los Estados (en verdad, los Estados de Europa y otros Estados occidentales en los cuales la argumentación de Tilly se basa) adquirieron instrumentos efectivos de promoción de la innovación tecnológica, el empleo, la inversión y la oferta de moneda, actuando más vigorosamente en el monitoreo y control de la acumulación, movimiento y transferencia de capital, mercancías, personas e ideas en el interior y a través de las fronteras nacionales. En la presente ola, en contraste, los Estados están perdiendo la capacidad de seguimiento y control de tales stocks y flujos, en consecuencia, se debilita su capacidad para adoptar políticas sociales efectivas. “Corporaciones multinacionales, bancos internacionales y grandes organizaciones criminales, así como tratados multinacionales, como la Unión Europea, están coordinando algunos de esos cambios (*idem*, pp. 14–18).

En su respuesta, Wallerstein argumenta no tener mayores desacuerdos con respecto al cuadro general descrito por Tilly, excepto en lo que se refiere a dos cuestiones. Primero, rechaza la idea de que “la ascensión de organizaciones supranacionales poderosas, que no corresponden sólo a las corporaciones transnacionales, está en el origen de la declinación del Estado fuerte”. En su concepción, organizaciones supranacionales poderosas como el Fondo Monetario Internacional existen porque Estados poderosos les dan apoyo. Más importante, “las corporaciones transnacionales mantienen actualmente la misma posición estructural en relación con los Estados como la que tuvieron todas sus predecesoras globales, como la corporación de la familia Fugger, la compañía holandesa de las Indias Orientales o los industriales de Manchester en el siglo XIX. Todas precisaron de los Estados y combatieron a los Estados. Las corporaciones transnacionales precisan de

los Estados para garantizar sus esfuerzos globales para la obtención del monopolio, y, consecuentemente, de las tasas de rendimiento elevadas, como también para ayudarlas a limitar las demandas de los trabajadores. Pero combaten a los Estados en la medida en que ellos actúan como protectores de intereses anticuados o responden positivamente a las presiones de los trabajadores. En lo tocante a esta relación, no veo nada de fundamentalmente nuevo en 1994, en relación a 1894, 1794 o incluso 1594. Sí, hoy existen aparatos de fax, que son más rápidos que las líneas telegráficas o los mensajeros. Pero el proceso económico básico permanece siendo el mismo [...] Lo que ha cambiado en los últimos tiempos no es la economía del sistema-mundo sino su política (Wallerstein, *apud* Tilly, 1995b, pp. 24–25).

Eso conduce a Wallerstein a su segundo desacuerdo principal con Tilly. Según él, la reducción del Estado iniciada por Thatcher y Reagan no fue una reacción a la decreciente efectividad de la acción estatal en un contexto de proliferación de organizaciones supranacionales y transnacionales, como argumenta Tilly. Más bien, fue una reacción a “la creciente efectividad de la redistribución inducida por el Estado que tenía por objetivo intentar disminuir el Estado y deslegitimar la redistribución [...] Eso aconteció no porque los Estados estaban desperdiciando dinero, si no porque ellos estaban simplemente gastando mucho”. Y ellos gastaban mucho porque “las demandas combinadas del Tercer Mundo (relativamente poco por persona, pero para muchas personas) y de la clase trabajadora occidental (relativamente pocas personas, pero con un apreciable monto por persona)” excedió en mucho lo que el capitalismo mundial podía proveer (*idem*, pp. 25–26).

Como veremos, la primera discordancia de Wallerstein con Tilly identifica formulaciones teóricas que la Economía Política del Sistema-Mundo precisa repensar, mientras que la segunda apunta en una dirección en la que la Sociología Histórica y Comparativa es quien tiene más que repensar. Antes de hacer esa exposición, con todo, séame permitido mencionar que esos desacuerdos emergen en el contexto de una concordancia básica sobre la evaluación de que la globalización no es un fenómeno sin precedentes como varios observadores piensan, y de que una comprensión de sus significados y perspectivas requiere un horizonte temporal que abarque siglos y no sólo décadas. Esa concordancia constituye en sí una importante base común sobre la cual las dos variantes de macrosociología histórica pueden juntar esfuerzos para conferir sentido a la actual ola de globalización.

Igualmente promisorio es la inversión de los papeles evidenciados por este debate. Tilly, cuya macrosociología histórica ha estado directamente basada en los Estados

nacionales como unidades privilegiadas de análisis, toma las instituciones emergentes del capitalismo mundial tan seriamente que llega al punto de descartar la importancia continua de los Estados nacionales como agentes dinamizadores del mundo contemporáneo. Wallerstein, cuya macrosociología histórica ha estado directamente asentada en el sistema capitalista mundial como unidad privilegiada de análisis, sustenta la importancia continua de los Estados nacionales al punto de desacreditar la novedad de las instituciones emergentes del capitalismo mundial. No debemos exagerar esa inversión, pues Charles Tilly hace mucho tiempo ya que está conciente de la importancia del capitalismo mundial en los procesos de constitución de los Estados y Wallerstein siempre atribuyó relevancia a los Estados nacionales en la formación y expansión del capitalismo mundial—dígase de paso, una importancia mayor de la que, considero, los Estados merecen—. Ante esto, la inversión puede todavía ser tomada como evidencia de un agujero potencial en la barrera metodológica que desde hace tiempo mantiene distantes a los intelectuales de la Sociología Histórica y Comparativa de sus colegas de la Economía Política de los Sistemas-Mundo.

### III. Dando sentido a la globalización

Al tratar dar sentido a la globalización para conseguir una idea sobre los posibles y probables resultados de los procesos y eventos interrelacionados que surgen bajo ese nombre, precisamos reconocer tres cosas. Primero, precisamos identificar lo que es verdaderamente nuevo en la presente ola de globalización en relación a las olas anteriores. Segundo, precisamos saber si las novedades genuinas, si existen, pueden ser inscritas en algún patrón evolutivo detectado en la secuencia de las olas de globalización. Y, finalmente, necesitamos descubrir si y cómo las novedades que no son ahí debidamente inscritas pueden llevar a una alteración de los patrones de recurrencia y evolución verificados en el pasado.

En mi intento de responder estas cuestiones, me centraré en tres problemas que me parecen apuntan a una reevaluación profunda de los elementos de cada una o de ambas de las variantes de la macrosociología histórica. Las dos primeras cuestiones corresponden a las discordancias entre Wallerstein y Tilly, esto es, primero, si la posición estructural de las organizaciones privadas líderes del capitalismo mundial en relación a los Estados es, hoy en día, la misma de aquella observada desde el siglo XVI y, segundo, si la verdadera novedad de la actual ola de globalización es la dificultad que las instituciones dominantes del capitalismo mundial enfrentan para acomodar las demandas combinadas del Tercer Mundo y de las clases

trabajadoras de occidente. La tercera cuestión aparece sólo de manera marginal en la contribución de Tilly a la controversia y está ausente de la respuesta de Wallerstein, pero es probablemente la más importante: se trata de la cuestión establecida por el aparente desplazamiento del epicentro de la economía global hacia el Este Asiático, donde, conforme a la lista de Tilly, se mantuvo durante la primera ola de globalización.

Para resolver la primera cuestión los macrosociólogos de la EPSM deben estar preparados para repensar aquello que muchos de ellos consideran la quintaesencia de la teoría de los Sistemas-Mundo, esto es, la idea de que, a despecho de su extraordinaria expansión geográfica, las estructuras del sistema capitalista mundial permanecen más o menos iguales desde que fueron inicialmente identificadas en el largo siglo XVI. Esa fue una hipótesis de trabajo bastante útil en las etapas de formación de la macrosociología histórica de la EPSM. Con todo, mientras más trabajo con ella, más me convengo de que no se sustenta frente a la evidencia empírico histórica y, peor aún, nos impide llegar al corazón de la dinámica capitalista, tanto en el pasado como en el presente.

Como argumenté y documenté en otra oportunidad (Arrighi, 1994), podemos detectar de hecho un patrón de recurrencia en las relaciones Estado-capital desde los estadios iniciales de formación del sistema capitalista mundial hasta el presente. Ese patrón consiste en las recurrentes expansiones financieras, en el curso de las cuales las organizaciones capitalistas líderes en cada periodo tienden a retirar una creciente proporción de las entradas de recursos de su flujo de caja de las operaciones de comercio y producción y pasan a reorientar sus actividades hacia las operaciones de crédito, empréstito y especulación. En todas las expansiones financieras—desde la Florencia renacentista hasta la era Reagan—el giro del comercio y de la producción hacia las finanzas se tornó lucrativo por la intensificación de la competencia interestatal por el capital volátil. Excepto con relación a la escala y a la proporción de la competencia y la velocidad de los medios técnicos utilizados en las transacciones, el proceso político-económico básico a este respecto es el mismo al final del siglo XX como era uno, dos, tres, cuatro o incluso seis siglos atrás.

Expansiones financieras, por lo demás, no son la expresión de una relación estructural invariable entre Estados y capital. Al contrario, ellas señalan el inicio de una reestructuración fundamental de esa relación. Ellas son,

en palabras de Fernand Braudel, una “señal de otoño” de los principales desarrollos capitalistas (Braudel, 1984, p. 246). Corresponden a la estación en que las organizaciones centrales del capitalismo mundial recogen los frutos de su liderazgo y, al mismo tiempo, comienzan a ser desbancadas de los altos comandos del capitalismo mundial por un nuevo líder. Así, durante la expansión financiera liderada por Génova en la segunda mitad del siglo XVI, ciudades-Estado como Venecia y empresas transnacionales se dispersaron en la medida en que Génova fue perdiendo gradualmente su centralidad en los procesos de acumulación de capital en escala mundial. Con el paso del tiempo, su lugar fue tomado por un proto-Estado nación (las Provincias Unidas) y sus empresas perderán la posición central en el curso de la expansión financiera liderada por Holanda en el siglo XVIII. El Estado nación británico se tornó, entonces, el nuevo centro organizador, constituido por un imperio formal y sus redes informales de negocios de cobertura mundial. Pero, también estas instituciones gubernamentales y empresariales experimentaron su propio apogeo durante la expansión financiera conducida por la Gran Bretaña al final del siglo XIX e inicios del siglo XX, ellas también comenzarán a ser desbancadas del comando del capitalismo mundial por los Estados Unidos, con su variedad de corporaciones multinacionales y su gran red de largo alcance de bases militares casi permanentes (Arrighi, 1994, pp. 13–16, 74–84, 235–238, 330–331).

En esa secuencia, la aparición recurrente de nuevos complejos de agencias gubernamentales y de empresariales líderes que son más poderosas, militar y financieramente, que aquellos complejos, constituye el aspecto central de la expansión del capitalismo mundial desde su modesto inicio en Europa, al final del periodo medieval, hasta los días actuales, con sus dimensiones completamente globalizadas. La emergencia de las corporaciones multinacionales como componentes centrales del complejo estadounidense ha sido parte de ese patrón. Pero la cuestión establecida por Tilly es sí, en el curso actual de la expansión financiera liderada por los Estados Unidos, ellas se han vuelto una fuerza que debilita en vez de suministrar apoyo a la capacidad del Estado, incluido el de Estados Unidos.

La manera más adecuada de esclarecer esa cuestión es por medio de una comparación entre las corporaciones multinacionales y sus antepasados más próximos en la historia capitalista, las compañías estatutarias por acciones<sup>1</sup> [*joint-stock chartered companies*] de los siglos XVII y XVIII. En esa comparación dos diferencias sobresalen inmediatamente. Primero, mientras las compañías estatutarias por acciones eran organizaciones medio privadas, medio gubernamentales, especializadas territorialmente en la monopolización de oportunidades comerciales en el mundo

<sup>1</sup> Según la traducción al castellano de *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Akal, Madrid, 1999, p. 292. Traducido por Carlos Prieto del Campo. Nota de José Guadalupe Gandarilla Salgado.

no europeo, que defendían los intereses de los gobiernos que las licenciaban; las corporaciones multinacionales son organizaciones estrictamente privadas que se especializan funcionalmente en operaciones a través de las fronteras de los Estados soberanos. Segundo, mientras las compañías estatutarias por acciones dependían para su existencia de privilegios comerciales exclusivos asegurados por sus gobiernos metropolitanos; las corporaciones multinacionales se han establecido y reproducido primeramente con base en la competitividad de sus jerarquías gerenciales.

Tomadas conjuntamente, esas dos diferencias moldearon el desarrollo de dos tipos de capitalismo corporativo a lo largo de dos sendas opuestas, en la medida en que se consideran sus respectivas relaciones con los Estados occidentales. Al contrario de su exclusividad y especialización territorial, el número de compañías estatutarias por acciones viables de cualquier nacionalidad siempre fue pequeño (probablemente no más que una docena en cualquier periodo considerado), y todas fueron y se mantuvieron como un instrumento de los Estados europeos en el mundo no europeo, en un periodo en que los Estados europeos eran todavía débiles para los patrones globales. No obstante, la mayoría de ellas no había conseguido realizar mucho, la herencia imperial dejada por la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, por ejemplo, se tornó un factor decisivo en la expansión global de Gran Bretaña y en el dominio occidental en el siglo XIX.

El número de corporaciones multinacionales que operan bajo la hegemonía estadounidense es incomparablemente mayor debido a su transterritorialidad y la especialización funcional en una economía mundial ampliamente expandida. Además, su número creció muy rápidamente en los últimos años —de acuerdo con algunas estimaciones, pasó de cerca de diez mil en los años ochenta a más de treinta mil en el inicio de los años noventa (Stopford y Dunning, 1983, p. 3; Ikeda, 1996, p. 48)—. Originalmente, esa nueva especie de corporación de negocios desempeñó un papel en el mantenimiento y expansión del poder global de los Estados Unidos que no fue diferente de aquel desempeñado por las compañías estatutarias por acciones en los siglos XVII y XVIII en relación a los poderes británico y holandés (Gilpin, 1975, pp. 141–142). Por lo demás, su proliferación luego se volvió contra el poderío estadounidense. Eso sucedió exactamente cuando el gobierno estadounidense más necesitaba “contener” el dominio que las empresas multinacionales habían establecido sobre las rentas y los recursos extranjeros —o sea, cuando la crisis fiscal del “Estado de guerra-bienestar” estadounidense se tornó crítica bajo el impacto de la guerra de Vietnam y del movimiento por los derechos—. En la medida en que la crisis se profundizó, una proporción creciente de los recursos obtenidos

en el exterior por las corporaciones estadounidenses migró hacia los mercados monetarios *off-shore* (los paraísos fiscales), en vez de ser repatriados, precipitando el colapso del sistema de Bretton Woods controlado por los Estados Unidos (Arrighi, 1994, pp. 300–308).

En resumen, matizando a Wallerstein, existen innumerables evidencias para sustentar la argumentación desarrollada por Tilly de que la expansión en curso del número y de la variedad de las corporaciones multinacionales constituye una novedad en las relaciones Estado-capital. Si las corporaciones multinacionales “necesitan” o no de los Estados como sus predecesores (en muchos aspectos ellas indudablemente los necesitan), el resultado *no-intencional* de su proliferación es el debilitamiento de los Estados de Occidente, en nítido contraste con su fortalecimiento antes y durante la ola de globalización del siglo XIX.

No obstante, no se puede deducir de eso que tal debilitamiento ha sido la principal fuerza por detrás de la ofensiva contra los derechos de los trabajadores iniciada con la rehabilitación de las doctrinas neoutilitaristas y del Estado mínimo promovidas por Thatcher y Reagan. Al contrario, sobre esa segunda cuestión es la argumentación de Tilly, antes que la de Wallerstein, la que no resiste la crítica empírico-histórica, y es la macrosociología de la Sociología Histórica y Comparativa antes que la Economía Política de los Sistemas-Mundo, la que tiene más cosas que repensar.

A mi parecer existen tres principales consideraciones que inclinan la balanza de las evidencias contra Tilly.

Primero, el resurgimiento de las doctrinas neoutilitaristas no puede ser atribuido a una innovación de fines del siglo XX precisamente porque es un *renacimiento*. Aún más, es un renacimiento de doctrinas que inicialmente se tornaron hegemónicas en el mundo occidental en la segunda mitad del siglo XIX —en un periodo en que, por el propio relato de Tilly, los Estados occidentales experimentaban un fortalecimiento y no un debilitamiento—. Hace cien años esas doctrinas no fueron —y tampoco los trabajadores las percibieron de esa forma— un ataque a sus derechos y a sus condiciones de vida, como está evidenciado por el apoyo que la clase trabajadora británica dio al libre comercio *unilateral* de Gran Bretaña. Claramente, o el credo neoliberal revivido en los años ochenta significa algo completamente diferente de lo que significó cien años atrás, o su renacimiento no puede ser atribuido a las circunstancias históricas (un debilitamiento de los Estados occidentales) que hoy son lo opuesto de lo que fueron hace un siglo.

Segundo, el gran flujo de capitales hacia los mercados financieros extraterritoriales que, al final de los años sesenta, inició la desintegración del sistema de Bretton Woods controlado por los Estados Unidos, aconteció

en un contexto de demandas crecientes por el elevado consumo de masa en el Primer Mundo y por la autodeterminación nacional y el desarrollo en el Tercer Mundo. Al liderar el flujo, las corporaciones multinacionales expresaban un voto de no confianza en la capacidad de los Estados Unidos y de sus aliados europeos para evitar que esas demandas combinadas minasen seriamente la rentabilidad de sus operaciones globales. El resultado no-intencional de ese voto de desconfianza fue un debilitamiento todavía mayor de aquella capacidad y una consecuente percepción generalizada de que el orden mundial estadounidense estaba en una seria crisis. En la mayor parte de los años setenta, por lo demás, la fuerza dominante en la dinámica de crisis continuarán siendo los movimientos sociales del Primero y del Tercer Mundo, que procuraron liberarse de las promesas de un *New Deal* global, implícito en el orden mundial estadounidense (véase Arrighi, 1982; 1994; Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1989).

Finalmente, a pesar de su retórica de Estado minimalista, la respuesta de Thatcher y Reagan a la crisis de los años setenta no fue la de “disminuir el Estado” en reacción a la “efectividad declinante de la acción estatal” como argumenta Tilly. Lejos de su encogimiento, el gobierno estadounidense bajo el comando de Reagan acumuló un déficit nacional mayor que en cualquier otro periodo de su historia, y es ese déficit, más que cualquier otra cosa, lo que hoy en día ata las manos del gobierno estadounidense, interna y globalmente. La principal embestida en la respuesta de la dupla Thatcher-Reagan, fue hacer uso de un Estado inflado para vaciar el poder social de los trabajadores del Primer Mundo y de los pueblos de Tercer Mundo, en una tentativa por reconquistar la confianza y el apoyo de un capital crecientemente transnacional y volátil. La tentativa fue en gran parte exitosa, pero al costo de una mayor división del orden mundial que la establecida en la Guerra Fría. Tal división incluyó la proliferación de formas de guerra que involucran fuerzas distintas a las disciplinadas fuerzas armadas nacionales —una proliferación que Tilly correctamente identifica entre los más importantes signos de debilitamiento general de la capacidad del Estado (Arrighi, 1994, Epílogo; Tilly, 1995b, pp. 17–18).

En suma, la ofensiva contra los derechos de los trabajadores que ha caracterizado la presente ola de globalización está enraizada en circunstancias históricas mundiales que son radicalmente diferentes de aquellas de la ola de globalización del siglo XIX. No obstante, aunque la presencia de un número amplio y creciente de variados tipos de corporaciones multinacionales constituye una de las circunstancias diferentes, no es ésta la diferencia que induce

la ofensiva. Con el objetivo de entender esa ofensiva y sus consecuencias prospectivas, debemos enfocar las diferencias en las relaciones de poder no entre los Estados y el capital, sino entre los Estados occidentales y los pueblos no occidentales. Debemos enfocar el hecho de que en la ola de globalización del siglo XIX, el poder de los Estados occidentales en relación a los pueblos no occidentales era alto y todavía ascendente, mientras que en la presente ola es menor y declinante.

Esa es una diferencia para la que la macrosociología de la SHC no está bien preparada para lidiar, a no ser que esté dispuesta a hacer una reformulación de su propio campo. Todo su programa de investigación ha sido construido sobre la premisa de que los Estados —inclusive, y especialmente, los Estados europeos, que han constituido su objeto de interés predominante— son unidades distintas y delimitadas, cuyas propiedades son primeramente determinadas por lo que acontece en el interior de ellos o, a lo más, por su competencia mutua. Aunque es útil para la identificación de las propiedades comunes y de las variaciones entre los Estados en diferentes espacios y periodos, esa premisa ha tornado a la macrosociología de la SHC ajena a dos de los hechos más fundamentales de la formación de los Estados en la era moderna: primero, que en toda la era moderna las relaciones de poder dentro y entre los Estados occidentales han sido completamente moldeadas por las relaciones de poder entre los Estados occidentales y el mundo no occidental; segundo, en lo que se han convertido los Estados, occidentales y no occidentales, es en gran medida resultado del proceso de la conquista violenta del mundo por los Estados europeos. Ese proceso se materializó de forma más evidente en la segunda y tercera olas de la globalización conforme son descritas por Tilly, y su inversión es responsabilidad de las especificidades más importantes de la presente ola. ¿Cómo podemos tener alguna idea de la ola de globalización liderada por la Gran Bretaña en el siglo XIX sin enfocar la relación entre la Gran Bretaña y su imperio en la India? Y, al contrario, ¿no será que muchos de los problemas enfrentados por los Estados Unidos en la actual ola de globalización ocurren por el hecho de que, a diferencia de la Gran Bretaña en la ola de globalización del siglo XIX, no disponen de un imperio en la India para cubrir su déficit en la balanza de pagos y para abastecer la mano de obra militar que necesita para ser el policía del mundo?

#### IV. Epílogo

Permítanme concluir indicando una cuestión final que el debate entre Tilly y Wallerstein no estableció,



pero que es probablemente la cuestión más crítica para una adecuada comprensión de las consecuencias prospectivas de la actual ola de globalización. Esa cuestión está subrayada en el reciente libro de André Gunder Frank (1998), y fue abordada primeramente dentro de la macrosociología de la EPSM por Janet Abu-Lughod en su estudio sobre aquella que en la relación de Tilly es la primera ola de globalización del milenio pasado. En las páginas conclusivas de su libro, la autora sugiere que la ola de globalización del siglo XIII, vaga y tenue como fue, pudo ser tan importante para la comprensión de nuestro futuro como aquella que la sucedió (Abu-Lughod, 1989, pp. 369–372).

Lo que aconteció desde entonces es que los Estados europeos conquistaron gradualmente el mundo y lo transformaron en un sistema nuevo, denso y fuertemente centrado en Europa. Aunque el centro de ese sistema expansivo ha “migrado” de país a país y finalmente hacia América del Norte, “permaneció dentro de una zona cultural común, que excluyó a los poderes africanos, latinoamericanos y asiáticos. Y aunque las instituciones económicas y políticas del centro pasaran por transformaciones significativas, permanecieron dentro de una tradición cultural occidental”. Las Ciencias Sociales han sido parte de esa tradición y se obsesionaron tanto con el “estudio de la persistencia y evolución del sistema-mundo ‘moderno’ que no estamos preparados para comprender que aquello que nosotros percibimos puede ser una ruptura o, por lo menos, su transformación radical” (Abu-Lughod, 1990, pp. 281–282).

La percepción de que algo radical puede estar aconteciendo en esa dirección es oscurecida por el hecho de que “muchas de las colonias antiguas de la Europa en África y Medio Oriente, después de conquistar su independencia alrededor de la Segunda Guerra Mundial, fueron verdaderamente degradadas dentro del sistema mundial” (Abu-Lughod, 1989, p. 370). La percepción se tornó todavía más turbia por el autoproclamado “triunfo de Occidente” en la Guerra Fría —una afirmación que oscurece que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no fue menos integrante de la tradición cultural occidental que los Estados Unidos de América, y que la Guerra Fría fue primeramente una guerra civil occidental—. Por lo demás, como previamente he indicado, el vaciamiento de poder de muchos Estados no occidentales y la mayor concentración de recursos de poder en la historia de Occidente, constituye un proceso que ha sido acompañado por el fortalecimiento económico de Estados muy distantes de los centros de poder tradicionales de Occidente, en una escala sin precedentes en la Era Moderna. Ese fortalecimiento está todavía marcado por muchas incertidumbres,

como ha sido evidenciado por la crisis financiera de Asia Oriental a fines de los noventa. Por lo demás, crisis de ese tipo han sido típicas en todos los centros emergentes del capitalismo mundial, incluyendo a los Estados Unidos durante y después de la crisis de 1929-1931, (Arrighi y Silver, 1999).

Como la propia Abu-Lughod sugiere, a pesar de embrionario, ese cambio puede bien ser una señal de que “las antiguas ventajas que sostenía la hegemonía de Occidente están desapareciendo” (Abu-Lughod, 1989, pp. 370–371). Aunque la centralización de los medios de destrucción masiva en manos de Estados Unidos sea algo sin precedentes, ese país no dispone ni de los recursos humanos ni financieros para traducir esa centralización en poder global. Si bien ninguno de los Estados del Este Asiático (que tuvieron un magnífico crecimiento bajo el escudo de la hegemonía estadounidense) puede, aunque fuera remotamente, desafiar militarmente a los Estados Unidos, sin embargo, tampoco alguno de ellos está preparado para “firmar un cheque en blanco”, de no interferencia en el derramamiento de sangre, para asegurar la continuación de la supremacía militar estadounidense.

En lugar de presenciar la acostumbrada fusión de un orden superior de poder militar y financiero que ha caracterizado todas las sustituciones de un liderazgo por otro en los altos comandos del capitalismo mundial, estamos asistiendo a una división que deja el poder militar altamente concentrado en las manos de un país occidental hegemónico decadente y que concentra el poder financiero global en las manos de los países del Este Asiático, (Arrighi, 1994, Epílogo). En esas circunstancias, parafraseando a Abu-Lughod (1989, p. 371), es realmente difícil imaginar que la era de la hegemonía occidental será superada por una nueva forma de conquista del mundo. En esta era, en verdad, parece más probable “que habrá un retorno a un balance relativo de los centros múltiples exhibido en el sistema mundial del siglo XIII”. Tal retorno inevitablemente deberá requerir “un cambio hacia diferentes reglas de juego, o al menos un fin de las reglas que Europa introdujo en el siglo XVI”.

Las dos variantes de la macrosociología histórica tienen, en verdad, poco que decir sobre cómo esas reglas pueden ser implantadas y sobre cómo acompañar el proceso que puede hacerlas realidad. Sospecho que eso sucede porque ambas variantes han procurado encasillar la actual ascensión del Este Asiático en *constructos* teóricos mal diseñados para ese propósito. Tal vez el tiempo nos conduzca a una estrategia opuesta, la de repensar esos *constructos* a la luz del recentramiento de la economía global en el Este Asiático.

## Bibliografia

- ◆ Abu-Lughod, J., 1989, *Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350*, Oxford University Press, Oxford.
- ◆ \_\_\_\_\_, 1990, *Restructuring the Premodern World-System*, *Review*, New York, v. XIII, n. 2, Spring, pp. 273-286.
- ◆ \_\_\_\_\_, (ed.), 2000, *Sociology for the Twenty-First Century. Continuities and Cutting Edges*, Chicago University Press, Chicago.
- ◆ Arrighi, G., 1978, *The Geometry of Imperialism. The Limits of Hobson's Paradigm*, Verso, London.
- ◆ \_\_\_\_\_, 1982, "A Crisis of Hegemony", In: Amin, S., Arrighi, G., Frank, A. G. & Wallerstein, I., *Dynamics of Global Crisis*, Monthly Review Press, New York.
- ◆ \_\_\_\_\_, 1994, *The Long Twentieth Century. Money, Power and the Origins of Our Times*, Verso, London.
- ◆ Arrighi, G., Hoppkins, T. & Wallerstein, I., 1989, *Antisystemic Movements*, Verso, London.
- ◆ Arrighi, G. & Silver, B., 1999, *Chaos and Governance in the Modern World System*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- ◆ Braudel, F., 1984, *The Perspective of the World*, Harper and Row, New York.
- ◆ Chase-Dunn, C. & Grimes, P., 1995, *World-Systems Analysis. Annual Review of Socio-logy*, n. XXI, Baltimore, pp. 387-417.
- ◆ Cohen, B., 1996, "Phoenix Risen. The Re-surrection of Global Finance", *World Politics*, n. XLVIII, Washington, pp. 268-296 .
- ◆ Cumings, B., 1997, "Japan and Northeast Asia into the 21st Century", In : Katzenstein, P. J. & Shiraishi, T. (eds.), *Network Power. Japan and Asia*, Cornell University Press, Ithaca.
- ◆ Evans, P., 1995, *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton University Press, Princeton.
- ◆ Frank, A. G., 1998, *ReOrient. Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, CA.
- ◆ Friedman, H., 1996, "Prometheus Rebound", *Contemporary Sociology*, v. XXV, n. 3, New York, pp. 319-322.
- ◆ Gilpin, R., 1975, *US Power and the Multinational Corporation*, Basic Books, New York.
- ◆ Harvey, D., 1995, "Globalization in Question", *Re-thinking Marxism*, v. VIII, n. 4, pp. 01-17.
- ◆ Ikeda, S., 1996, "World Production", In : Hopkins, T. K. & Wallerstein, I. (eds.), *The Age of Transition. Trajectory of the World-System 1945-2025*, Zed Books, London.
- ◆ Kindleberger, C., 1969, *American Business Abroad*, Yale University Press, New Haven.
- ◆ Kohli, A., 1995, "The Role of Theory in Comparative Politics. A Symposium", *World Politics*, n. XLVIII, Washington, pp. 01-49.
- ◆ Polanyi, K., 1957, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston.
- ◆ Ruggei, J., 1994, "Third Try at World Order? America and Multilateralism after the Cold War", *Political Science Quarterly*, v. CIX, n. 4, Winter, New York, pp. 553-570.
- ◆ Skocpol, T., 1994, *Social Revolutions in the Modern World*, Cambridge University Press, New York.
- ◆ Stopfor, J. M. & Dunning, J. H., 1983, *Multinationals: Company Performance and Global Trends*, Macmillan, London.
- ◆ Tilly, C., 1995a, "Macrosociology, Past and Future", *Newsletter of the Comparative & Historical Sociology Section of the American Sociological Association*, v. VIII, n. 1-2, New York, pp. 01-04.
- ◆ \_\_\_\_\_, 1995b, "Globalization Threatens Labor's Rights. Plus responses from Immanuel Wallerstein, Aristide Zolberg, Eric Hobsbawm, and Lourdes Beneria; followed by Tilly's Reply", *International Labor and Working Class History*, n. XLVII, Spring, New York, pp. 01-55.
- ◆ Wallerstein, I., 1998, The Rise and Future Demise of World-Systems Analysis, *Review*, v. XXI, n. 1, Winter, New York. pp. 103-112.